

La imaginación: un viaje a la libertad

Estela Leñero Franco

Elena Garro no necesitó alas para fugarse de la realidad. Su imaginación le bastó para transitar por mundos más interesantes que los que marca la vida cotidiana. Y para ella no sólo fue un recurso creativo sino que fue el medio ideal para la liberación de su alma.

En su infancia se enfrentó con aquel círculo al que el profesor de *La señora en su balcón* condenó a la humanidad. Un tiempo lineal rígido sin una chispa de inventiva. Un círculo en el que se estrellaba la inteligencia de la alumna que quería viajar al pasado cuando creían que el mundo era plano y que terminaba en las columnas de Hércules y que más allá estaba el peligroso mar de los Sargazos: “Profesor, -dice Clarita- yo quiero navegar en ese mar. Iré en barco con una sirena que cante”. Ese mundo nunca existió, le responde el profesor, pero ella no lo entiende pues el simple hecho de que los antiguos pensarán así el mundo, significaba que era real. Y más aún, ella no quiere ir a donde están las columnas de Hércules, sino a ese mar oscuro, poblado de algas y líquenes gigantes en que ningún barco antiguo se aventuró conocer.

Para Elena Garro el mundo tangible y el intangible existen en una misma realidad y este hecho hace que su obra, en particular los textos cortos, superen la lógica mundana y trasciendan la materialidad. Así como en el teatro confluyen todos los tiempos y se vuelven presente por el simple hecho de traerlos al escenario, así las estructuras dramáticas de Garro son capaces de crear universos completamente originales.

Dentro de esta línea se encuentra su obra *Andarse por las ramas* en la que explora mucho más la imaginación inserta en el mundo palpable y se acerca a esa memorable frase de Saint Exupery en el Principito de “Lo esencial es invisible para los ojos”. El personaje de Titina ve en la sopa estrellas, eclipses y naufragios. “¿Quiere usted que le cuente cuando la luna cayó en mi plato de lentejas?”, le dice a don Fernando que intenta sin éxito controlar a su hijo que vuela con las ideas de Titina.

Aunque esta desarrollada imaginación no sólo se presenta en el mundo infantil, la presencia de un niño, en el caso de *Andarse por las ramas* o de Clarita niña en *La señora en su balcón*, le permiten explicar sus universos. Así, cuando don Fernando afirma que el mundo no tiene pies, el niño pregunta que ¿cómo se sostiene? El mundo gira en el espacio, responde Don Fernando. No, dice Titina: ¡El mundo está bailando un vals! (Y Titina se pone a silvar el *Danubio azul*)

Las inquietudes de la Garro eran múltiples y los universos que reflejaba rebasaban el ámbito doméstico o intimista. Junto con otras mujeres de su generación, como Luisa Josefina Hernández y Maruxa Vilalta, dieron el salto a lo que sus antecesoras habían marcado. A pesar del espíritu nacionalista y las temáticas sociales que imperaban en el teatro en el periodo posrevolucionario, Teresa de Issasi, Concepción Sada y Amalia Castillo Ledón, entre otras, hacían comedias y dramas a cerca del matrimonio, el divorcio y la vida en el hogar. Ellas fueron las primeras mujeres dramaturgas y su inserción en el teatro fue de gran importancia tanto por ese atrevimiento como por ser promotoras de la dramaturgia mexicana. Para la siguiente generación, el camino estaba abierto y ellas pudieron escribir más allá de lo que su contexto inmediato les dictaba.

La principal influencia de Elena Garro al empezar a escribir fueron los surrealistas con los que convivió en su estancia en España y Francia. Para México significó una nueva veta de indagación dentro de la dramaturgia que se desarrollaba en ese momento, fundamentalmente realista, y se embarcó en el movimiento de *Poesía en voz alta* para el que escribió sus primeras obras. Tenía una gran apetencia de conocer el mundo y sus lecturas tenían que ver con filosofía, mística y religión. Los personajes y las situaciones que ella creó en un principio, estaban llenos de símbolos, metáforas y asociaciones libres poniendo en entredicho las fronteras de la realidad, cuestionando las limitantes del conocimiento y buscando siempre, la libertad del ser.

¿Nunca te has asomado a un lunes? Pregunta Titina. Y Lagartito le responde: Nadie puede asomarse a un lunes.

Titina: Entonces nadie puede asomarse a ti.

Lagartito: Y si yo fuera lunes, ¿qué sería?

Titina: Si eres lunes, eres toda la fiesta, porque estás entre la de ayer y la de mañana.

Lagartito: Titina, yo quiero ser lunes

Titina: Pues eres lunes, Lagartito, eres el principio.

Lagartito: ¿El principio de la semana?

Titina: El principio del viaje.

Y así, cada obra de teatro de Elena Garro es el inicio de un viaje. Ella es lunes y desde el lunes escribe, trepada en las ramas de un árbol. Utiliza la poesía para elevar su alma y hablarnos en metáforas y evocaciones. Recoge historias que le cuentan, como la

de *El rastro* o nos habla desde un sepulcro, como en *Un hogar sólido* o de *Felipe Ángeles* su héroe revolucionario favorito.

Pero también nos habla del amor, aunque poco, y a través de sus obras nos permite asomarnos al concepto que ella tenía de las diferentes formas de amar, en particular, entre una mujer y un hombre. Dos obras son las más representativas al respecto: *Los pilares de doña Blanca* y *La señora en su balcón*. En la primera recurre a una ronda infantil mexicana para hablarnos del cortejo de cinco caballeros andantes a una dama y en la segunda, una mujer, de nombre Clara, recorre su vida buscándose a ella misma. En ambas el matrimonio es visto como una cárcel y el amor como un medio para liberarse. Pero en cada una de estas obras la perspectiva es completamente distinta. La protagonista es la misma, Clara y Blanca, simbólicamente compatibles, pero la experiencia del amor, no. En *Los pilares de doña Blanca* ella está en una torre, con Rubí, del cual sólo escuchamos su voz, rodeados por unos pilares a manera de acueducto. Cuatro caballeros la visitan y cada uno le ofrece entregarle un corazón con diferente significado: el amor pasión, el amor fatigado, el amor andante y el amor ritual. Podrían ser también las cuatro etapas que tiene el amor, el cual le permitiría a Blanca librarse del encierro: ¡Espero el fuego! El fuego arderá con nosotros. Esperemos el incendio, exclama. Pero el amor verdadero llega después con el caballero alazán que no le ofrece su corazón sino encontrar el amor viéndose en el otro. Alazán le dice: “Mientras más te miro, menos te veo. Tendría que verte dentro de mi corazón... porque mi corazón no se enseña. Hay que visitarlo por dentro y no tiene puerta de salida. Es un palacio deshabitado”. Es la única posibilidad para liberarse de esa torre llena de espejos y reflejos construidos por ella misma. Y la única posibilidad es transformándose en paloma.

Muy distinto es el final de *La señora en su balcón* que en su recorrido hace una crítica a la realidad mundana y al mundo masculino que cuarta su imaginación, su anhelo de vivir con las alas extendidas. Y así se encuentra con el profesor que encierra en un círculo el mundo y a Andrés que le ofrece una argolla en vez de ir a Nínive. Dice Clara: ... “Debemos correr como los ríos. Tú y yo seremos el mismo río y llegaremos hasta Nínive, y seguiremos la carrera por el tiempo infinito, despeñándonos juntos por los siglos hasta encontrar el origen del amor y allí permanecer para siempre, como la fuerza que inflama los pechos”. Y Andrés le contesta: “Todo eso lo haremos juntos, en una casa, rodeados de niños locos y ardientes como tú”. Y así las ilusiones de Clara van desvaneciéndose con el paso de los hombres y finalmente se casa y encuentra refugio en

su huída por el polvo que barre, en la pata de la silla por la que se escapa para vivir otros mundos. Y siempre huyendo se ve así misma, sin encontrar una alma gemela con la cual volar amando. Y se va amargando su vida hasta arrugarse como una hoja en blanco. Pero Elena Garro cree en la trascendencia y su religiosidad la lleva a suponer que desaparecer de este mundo es acceder a otro y por eso antes de saltar por el balcón Clara piensa: “Iré al encuentro de Nínive y del infinito tiempo. Es cierto que ya he huido de todo. Ya sólo me falta el gran salto para entrar en la ciudad plateada. Quiero ir allí... temblando en el tiempo como una gota de agua perfecta, traslúcida, esperándome, intocada por los compases y las palabras inútiles”.

Por eso vámonos con Elena Garro a donde su imaginación nos lleve y que el libro tan completo, compilado por Patricia Rosas Lopátegui que ahora se presenta, sea el punto de embarque. Vamos pues por esos mundos insospechados en busca de la libertad.

Conferencia impartida en la Sala Manuel M. Ponce. Palacio de Bellas Artes.México
Distrito Federal el 22 de junio de 2008